



Jeromin

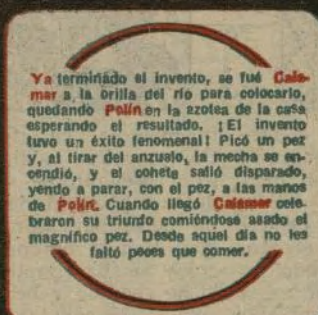
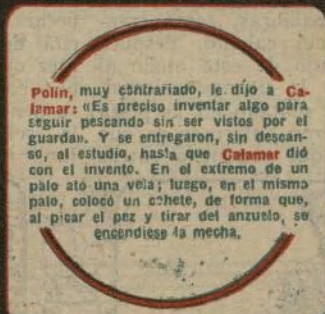
AÑO II

Calderón de la Barca, núm. 4.—Teléfono 18491.—MADRID

NUM. 50



EL CINE DE Jeromin



FIN

El sabio Cadi



En una provincia de Constantina reinaba hace algunos años un jeque llamado Bu-Akas, que tenía fama universal de ser un modelo de príncipes orientales. Pagaba un tributo anual al Gobernador militar de Constantina, pues había reconocido la supremacía francesa después de la conquista, y así ejercía una autoridad absoluta sobre su pueblo. Un día oyó hacer tales encomios de la sabiduría que todos reconocían en un cadi que gobernaba una ciudad bastante lejana, y de la justicia y acierto con que sentenciaba toda clase de asuntos y pleitos, aun los más difíciles, que se propuso enten-

rarse por sí mismo, si tal fama y celebridad eran o no merecidas. Con este propósito se hizo preparar uno de sus caballos, modesto en apariencia, para no revelar su condición, pero que le era muy conocido y querido por sus excelentes cualidades, y se puso en camino solo, llegando al cabo de algunos días a las cercanías de la ciudad citada. Era un día de mercado, y según la costumbre árabe, en esos días se administra también justicia en la misma plaza. Cuando el jeque iba a entrar en la ciudad, vió en la orilla del camino un mendigo estropeado y casi tullido, que agarrándole

del vestido le pedía una limosna. Dióselo Bu-Akas, como ordena la ley del Profeta, pero el mendigo no soltaba por eso el albornoz. ¿Qué más quieres?—le dijo el jeque.—¿Acaso no acabo de darte lo que pedías?—Sin duda—contestó el otro—; pero el Profeta no dice tan sólo: «darás una limosna a tu hermano», sino que añade: «y le ayudarás en todo lo que puedas». —¿Y qué más puedo yo hacer por ti?—repuso Bu-Akas. —Si yo me encamino a la ciudad, y entro en ella, corro riesgo inminente, en el estado en que me veo, de ser atro-



peñado por las bestias de carga y los camellos que llenan hoy sus calles; tú puedes evitarlo dejándome montar tu caballo y conduciéndome así a la Plaza del Mercado, adonde me es preciso ir. —Sea, pues—contestó el jeque, ayudando al mendigo a montar detrás de él en las ancas del caballo, y continuando así su camino, con gran extrañeza de los que les encontraban al paso, hasta la misma Plaza del Mercado. Así que hubieron llegado se dispuso a dar ayuda al mendigo para que se apease; pero éste exclamó con gran aplomo: —Tú eres el que tienes que apearse; yo aquí me

quedo. —¿Por qué soy yo el que tiene que apearse? —Pues está bueno!, porque el caballo es mío—. No pudo menos de sonreírse Bu-Akas. —Está muy bien—dijo—; justamente nos hallamos en la ciudad donde ejerce tan sabiamente la justicia el célebre cadi; vamos a su presencia y que él decida. Y dichas estas palabras, tomó tranquilamente la brida del caballo, después de apearse, y le condujo de este modo al sitio donde el cadi, a la usanza oriental, decidía las contiendas, sentado en la plaza al aire libre. Allí pudieron enterarse de que antes de oírlos tenía que sentenciar otras

dos querellas anteriores. Era la una de ellas entre un hombre dedicado al estudio y un campesino, y versaba sobre la propiedad de una esclava, que el aldeano pretendía haberle sido robada por el otro. La sentencia era dificultosa, puesto que la esclava era sordomuda, y no había que esperar pudiese dar declaración, ni decir cuál de los dos era su verdadero dueño. El juez oyó reposadamente las razones de ambos contendientes, quedóse luego un rato suspenso, y por fin dijo: —Quédese aquí la esclava, y vosotros dos volved mañana. Inclínense respetuosos el estudioso y el



paleta, y se retiraron. Tratábase en el otro pleito acerca de una suma de dinero, y eran los litigantes un jardinero y un mercader de aceite. Decía el jardinero: —Esta mañana he entrado en la tienda de ese hombre para que llenase de aceite el cántaro que llevaba de mi casa, y cuando saqué de mi bolsa un puñado de monedas, y las puse sobre el mostrador para contarlas y pagar, ese bellaco las echó mano, se apoderó de todas ellas gritando que eran suyas y que yo quería quitárselas. Juro por Mahoma que es un embustero y un ladrón. Entonces el mercader compareció a su vez y dijo: —Ese hombre vino a mi tienda es-

ta mañana, en efecto, a comprar aceite. Como tuviese ya llena de él la cántara que traía preguntóme si podría darle la vuelta de una moneda de oro. Metí la mano en mi bolsa para contarlas sobre mi mostrador. Echóse entonces sobre ellas, las agarró y se iba con todas y con el aceite. Yo le he seguido y hecho venir a tu presencia, ¡oh sabio cadi!, para que me vuelvas a poner en posesión de mi dinero. Y juro también por Mahoma que te he dicho la verdad. El juez, como antes, reflexionó un momento y dijo: —Quede aquí el dinero y volved los dos mañana. Había llegado por fin el turno a Bu-Akas. —Dígnoselo cadi

—empezó diciendo—: yo soy de una lejana tierra, y he venido a esta ciudad para comprar mercancías en su feria. No lejos de las puertas, cuando llegaba, me detuvo este mendigo, pidiéndome le dejase subir sobre mi caballo, para que en la confusión de las calles no le derribasen e hiriesen los mulos y camellos. Consentí en ello, pero al llegar al mercado negóse a apearse, persistiendo en decir que el caballo era suyo. Este es el hecho en verdad: lo juro por el Profeta. —Justísimo cadi—exclamó el mendigo—: yo venía montado en ese ca-

(Continuará.)





PARA CONQUISTAR EL CIELO, LO MEJOR ES LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

Un día llegó a las puertas del cielo un alma humilde, desconocida, que había pasado por la tierra sin haber hecho cosa notable ante los ojos de los hombres; no había sufrido contrariedad, ni pesares, ni su virtud había sido heroica... No obstante, en cuanto llegó, se le abrieron las puertas del cielo, entró y fué a ocupar un sitio hermosísimo que Dios le señaló. Extrañados los binaventurados, interrogaron al Angel de la Guarda de aquel alma, y contestó: —Todo el mérito de ese alma está en haberse conformado siempre con la voluntad divina, recibiendo con alegría cuanto le pasaba, ya fuera favorable, ya adverso.



JUEGOS DE NIÑOS

LOS BANDOS DE MIEL Y AZÚCAR (Continuación.)

Cuando ya todos los jugadores se hallen repartidos entre los dos bandos, cada uno de éstos formará una sólida columna, agarrando el último al que le precede por debajo de los sobacos, esto es, abrazándole el pecho; el penúltimo hará lo mismo con el que le precede y así sucesivamente hasta llegar al jefe, el cual irá con los brazos extendidos hacia adelante.

En esta disposición las dos filas, se apartan una de la otra y después de algunas vueltas corren a encontrarse; los dos jefes se agarran de las manos y se atraen con todas sus fuerzas, pudiendo ordenar a los de su fila o cola: ¡aflojad!, ¡tirad!, etcétera, según sean las necesidades en la lucha entablada.

Es vencedor en este juego el bando que consiga arrastrar o deshacer la fila contraria.

Si la desproporción entre las dos columnas fuese tan notable que no permitiera la lucha, se procederá a una segunda distribución hasta que uno de los jefes tenga la mitad de los jugadores. Cuando esto suceda, los demás pasarán sin sorteo a la fila del otro jefe.



RECREOS CIENTÍFICOS

LO QUE SABE «JEROMÍN»

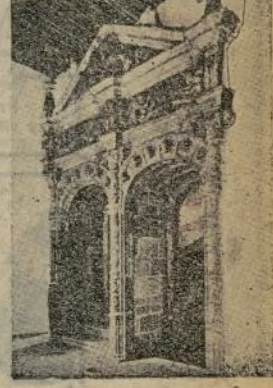
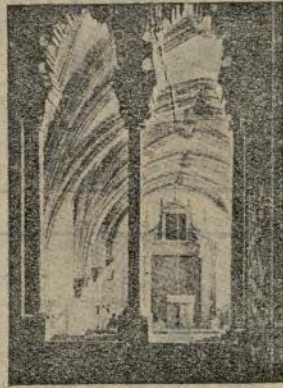
EXPERIMENTO EMOCIONANTE

Basado también en la inercia de los cuerpos, puede realizarse el siguiente emocionante experimento.

Hay quien lo hace del modo siguiente: Estando puesta la mesa para comer, o después de haber comido, con los platos, cucharas, vasos, botellas, etc., coge el mantel por dos de sus puntas, y mediante un tirón enérgico le quita, quedando en la mesa cuanto sobre el mantel había, sin variar de sitio. Esto, claro es, es muy peligroso, y no recomendamos a nuestros amiguitos que lo hagan; pero en proporciones más modestas y haciendo uso de cosas menos frágiles que los platos, botellas, etc., sí que pueden lucir su ciencia y habilidad. ¿Cómo? Del siguiente modo: Sobre la mesa ponen un paño, que puede ser un pañuelo, una servilleta, etc., y sobre el paño, ponen libros, cajas y otros objetos, o, para mayor emoción, un vaso lleno de agua. Hecho lo cual apostaráis a que sois capaces de sacar la servilleta o pañuelo sin tocar los objetos y sin que se muevan del lugar que ocupan.

Basta para ello coger por un extremo el paño y tirar recio, sin miedo, quedando realizado lo prometido.

ESPAÑA MONUMENTAL



El Monasterio de Guadalupe.

Hoy reproducimos cinco fotografías del grandioso monasterio extremeño, admiración del mundo. La primera representa un detalle del artístico escritorio, que ya hemos dado a conocer, regalo de Felipe II, y que hace de Sagrario en el altar mayor. La segunda es del camarín de la Virgen, estancia suntuosa que causa, al entrar en ella, una impresión inolvidable por su luz especial y por su decorado y proporciones de singular belleza y armonía. La tercera

es de un ventanal primoroso, elegante, bellísimo, de la habitación titulada *Sala de las Capas*, que da a la capilla de San Antonio, que es a manera de vestíbulo de la nave principal. La cuarta reproduce un detalle del coro, de hermoso estilo churrigueresco, amplio, como correspondía a una comunidad tan numerosa como la de los jerónimos guadalupanos; y la quinta es de una doble portada que hay en el claustro mudéjar; es de estilo plateresco, aunque no

tan delicado y bello como otros mil ejemplares del mismo estilo repartidos en España. Como van viendo, el monasterio de Guadalupe es uno de los monumentos más dignos de ser visitados. Tiene una importancia enorme bajo los aspectos religioso, histórico y artístico. Hoy, con los automóviles, es fácil visitarle; de Madrid está a cinco o seis horas por carreteras que atraviesan muy pintorescos paisajes.

(Continuad.)

D. Quijote de la Mancha



(Continuación.)

—No se cómo pueda ser eso de ende-rezar tuertos, dijo el Bachiller, pues a mí, de derecho, me habéis vuelto tuer-to, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí ha-béis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedará agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades de noche, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto; que propiamente se me jabades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoo, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del in-fierno, que por tales os juzgué y tuve sin duda.

—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el Bachiller, suplico a vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude a salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; y ¿hasta cuándo aguardábades a decirme vuestro afán?

Dió luego voces a Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, por-que andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Halló Sancho un talego o cos-tal en la acémila, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en él, cargó su jumen-to, y luego acudió a las voces de su amo; y ayudó a sacar al señor Bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima de ella, le dió la hacha; y Don Qui-jote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho.

Díjole también Sancho: «Si acaso quies-eren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que el famoso Don Qui-jote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la Triste Fi-gura.»

En oyendo esto el Bachiller, se fué, sin replicarle palabra; y Don Quijote pre-guntó a Sancho que qué le había movi-do a llamarle el Caballero de la Triste Figura más entonces que nunca.

«Yo se lo diré, respondió Sancho; por-que le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto; y débelo de haber causado, o ya el cansancio des-te combate, o ya la falta de las muelas y dientes.»

Rióse Don Quijote del donaire de San-cho; pero, con todo, propuso de llama-rse de aquel nombre, y hacer pintar, cuando hubiere lugar, en su escudo una muy triste figura.

(Continuará.)

ROMPECABEZAS

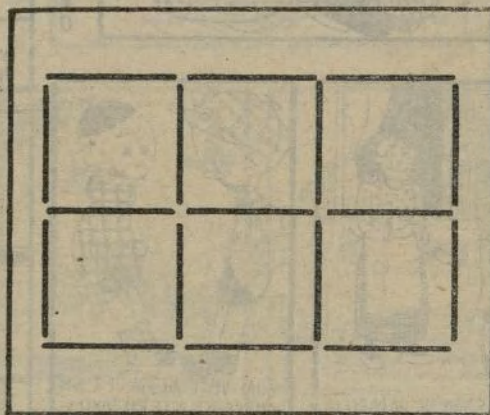


1.º Esa niña está jugando al escondite con cinco amiguitas, ¿abréis dónde están éstas escondidas?

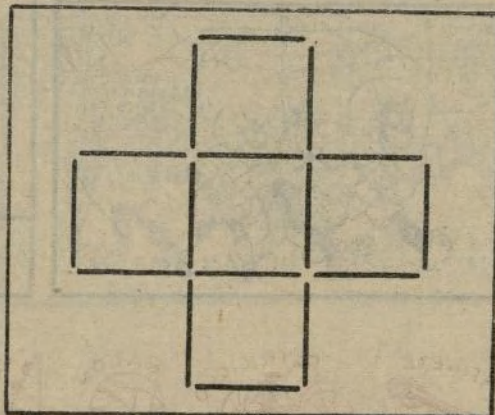


2.º Unid los puntos con una línea del 1 al 40 y veréis de lo que se ríe la niña.

PROBLEMA



Suprimid de esa figura cinco líneas de forma que queden tres cuadrados.



SOLUCIÓN DEL NÚMERO ANTERIOR

Ayuntamiento de Madrid

La España Gloriosa



(Continuación.)

los suyos, vuelve la espalda, como hu-yendo ante la fuerza arrolladora del ejér-cito romano. Vitelio, más confiado cada vez en su superioridad, persigue a los fugitivos hasta las cercanías de un bos-que, y cuando creía ya arrojarlos y des-baratarlos, Viriato se vuelve repentina-mente, dando la cara a su perseguidor, al mismo tiempo que los que estaban emboscados salen de improviso, y Vite-lio se vió rodeado por todos lados e im-posibilitado de pelear con orden. Sin ape-nas poder moverse en aquel sitio estre-cho y fangoso, murieron más de cuatro mil romanos, entre ellos Vitelio. El triun-fio de Viriato fué superior a sus mismas esperanzas.

Los seis mil romanos que escaparon con vida se refugiaron en Tarteso y pi-dieron con urgencia socorro a sus aliados los ticios y belos, que acudieron al lla-mamiento con cinco mil hombres. Co-nocedor Viriato del envío de tal socorro, apostóse en el camino que debían reco-rrer, y cayendo de improviso sobre ellos, ni uno se salvó que pudiera llevar a los romanos la noticia de tal hecatombe. Todos fueron pasados a cuchillo. Viria-to, después de esta espantosa matanza de hombres, se retiró a Carpeya.

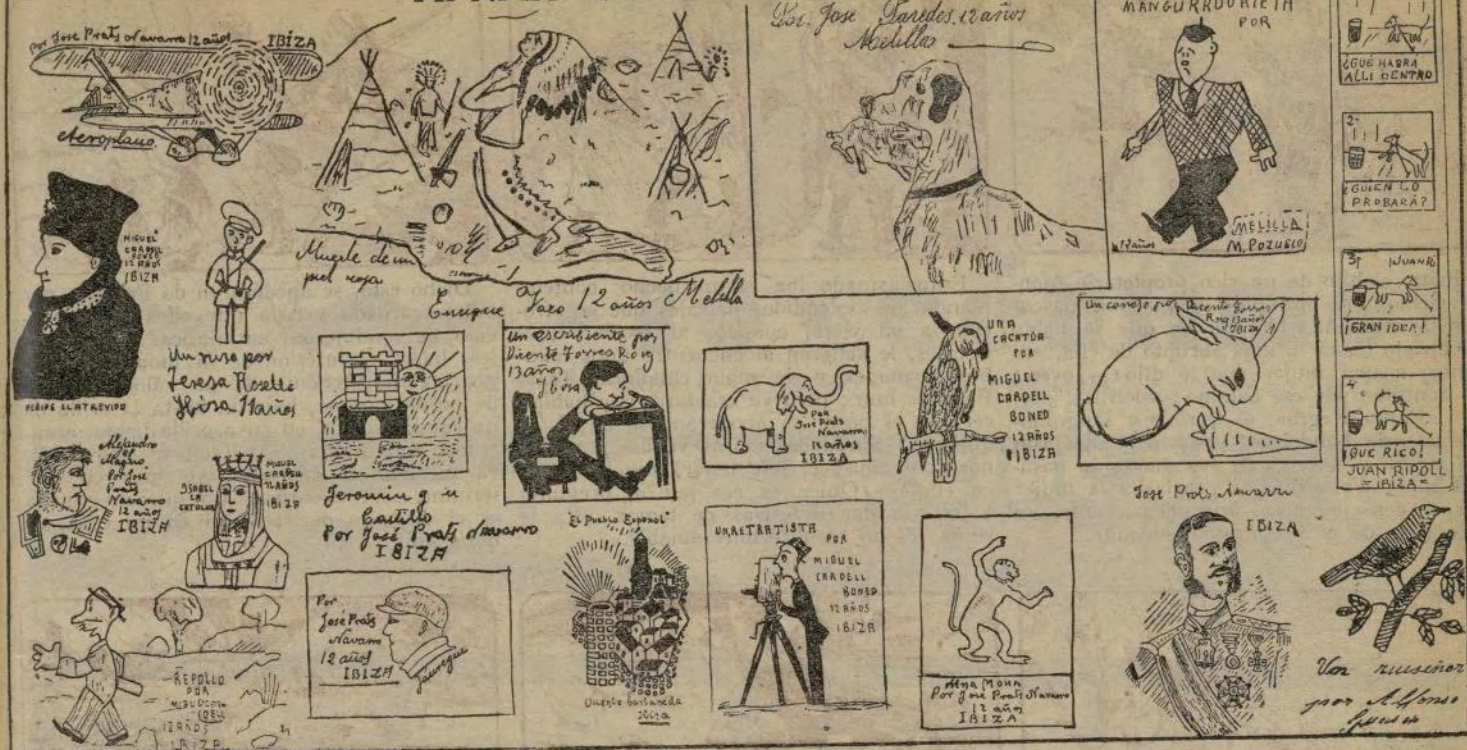
El pretor Plencio salió a su encuentro, y Viriato, empleando a orillas del Tajo la misma astucia que en Tribola, obtu-vo el mismo resultado, pereciendo cerca de cuatro mil romanos.

Entonces el pretor llevó a Eborá, donde está Viriato, todo un ejército, y tuvo lugar una gran batalla, en la que el caudillo lusitano obtuvo una victoria inmensa; cosa que alarmó seriamente a Roma, que mandó para vencerle sus mejores caudillos, siendo todos igual-mente derrotados.

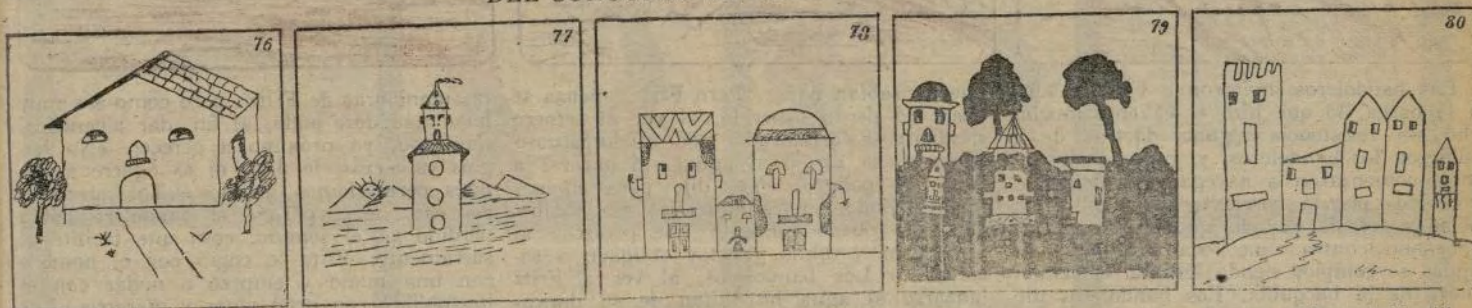
Roma comprendió, al fin, que no se trataba de un simple jefe de bandole-ros, como le llamaba, sino con un gene-ral esforzado, y mandó contra él a Fa-bio Emiliano, pariente de los Escipio-nes, con quince mil infantes y dos mil jinetes muy experimentados en la gue-rra, Fabio, con estas fuerzas, junto con las que había ya en España, fué en bus-ca de Viriato para acabar de una vez con él. El caudillo lusitano no se inti-midó e hizo frente al general romano en Osuna, obteniendo una victoria com-pleta y apoderándose del cuantioso bo-tín del ejército romano. Los pretores sucesivos no se atrevieron a guerrear ya contra Viriato, hasta que un tal Serviliano trató de renovar la guerra; pero Viriato arremetió contra él con tal empuje, que le puso en precipitada fu-ga; lo persigue, lo acosa y lo encierra en un desfiladero, donde pudo haberlo exterminado... Mas, generoso, ofrece la paz, y el soberbio Senado romano se ve obligado a aceptarla. Pero, según cos-tumbre, pronto hace traición al pacto, y el malvado Quinto Servilio Cepión renueva la guerra. Viriato, con escasa ferzua, le derrotó completamente. En-fuerza, le derrotó completamente. En-de deshacerse de Viriato por medio de la traición. Sobornó a tres legados que Viriato había mandado a su campo para

(Continúa en la página siguiente.)

AFRICA CANARIAS Y BALEARES



DEL CONCURSO DE CASAS ANIMADAS



El número 76 representa una mujer acostada, por Manuel Oliver, de Burriana (Castellón); el 77, un payaso, por Manuel Murillo, de Fuente Ovejuna; el 78, el abogado y el juez con el reo, por Guillermo Pérez, de Cáceres; el 79, una ronda nocturna, por Santiago Sánchez, de Añover de Tajo (Toledo); el 80, una familia y la criada, por Juana Álvarez, de Navalnoral de la Mata (Cáceres).

(Continuación de Viriato.)

entablar negociaciones, y aquellos miserables, al volver al campamento de su jefe, entran en la tienda, le encuentran dormido en el lecho y le asesinan, cosiéndole a puñaladas.

Así murió Viriato, el capitán más genial y valiente que ha producido el suelo español, como reconocieron los mismos historiadores romanos. De él dice Cárcer de Montalbán: «Fue valiente, noble, generoso y bueno».

En la historia de la independencia de nuestra patria, el primer laurel que el historiador debe extender sobre un nombre augusto, es el que corresponda al humilde pastor lusitano, que puso las raíces del árbol de nuestra libertad. Gloria, pues, a Viriato, amiguitos de Jeromín, y no olvidéis jamás su historia.

Cuando los tres asesinos de Viriato fueron a reclamar al malvado Quinto Servilio el precio de la traición, el cónsul romano tuvo un hipócrita arranque de dignidad, y los mandó ahorcar, diciendo: «Así paga Roma a los traidores».

RECREO E INGENIO

PREGUNTA

- ¿En qué se parece un tuerco al puente de Valdecas?
- En que los dos tienen un solo ojo.

COLMO

- ¿Cuál es el colmo de un carpintero?

RAMÓN MALHO,
de Salamanca.

CHISTE

Maestro.—Fe es creer lo que no se ve. Por ejemplo: dentro de esta lata hay melocotones, ¿lo crees?

Discipulo.—Sí, señor.

Maestro.—Entonces, ¿qué es Fe?

Discipulo.—Pues melocotones en lata.

ISIDRO DE LA LLAVE,
de Cazalegas.

CHISTE

En una agencia de colocaciones.—¿Conque usted ha sido caíera?

—Sí, señor; he estado colocada en una fábrica de cajas de cartón.

DIEGO L., de Madrid.

COLMO

—¿Cuál es el colmo de un oculista?

—Arreglar los ojos del Guadiana.

Jeromín
REVISTA ILUSTRADA PARA NIÑOS
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALDERÓN DE LA BARCA, 4 MADRID
PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR AÑO 5,20; POR PAQUETES A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR A LOS CORRESPONSALES LO ACOSTUMBRADO. LOS PAGOS ADELANTADOS



NOTA IMPORTANTISIMA

Comoquiera que la mayoría de colmos, chistes, parecidos, etc., que nos mandan, son muy sabidos, o, como nos decía una chica suscriptora, muy «refritos», hemos resuelto suprimir esa sección, y, en cambio,

los chistes cortos, los colmos y parecidos que nos manden y lo merezcan, por su gracia y originalidad, los publicaremos en la página central, ilustrados y todo, en el lugar en que ahora publicamos chistes. Desde luego haremos constar el nombre del autor. Esto da más importancia al periódico y al Ayuntamiento de Madrid

colaborador. También reduciremos algo el espacio de dibujos para dar cabida a la publicación de una novela emocionante e instructiva, debidamente ilustrada. Con estas reformas, JEROMÍN quedará «completo», esto es, que no podrá pedirle más. ¡Ya veréis, ya veréis!

NINOS HEROICOS

La buena acción recompensada (de Puck)



Fritz, el hijo de un rico propietario montenegrino, era intrépido y gustaba pasear por la montaña. Un día en que se había adentrado hasta lo más abrupto de ella, encontró a una mujer que le dijo: «Joven: no continúe por ese camino; vuélvase, porque «Barba Negra», el terrible y sanguinario jefe de bandoleros, está por aquí con los suyos, y si caés en sus manos lo pasaréis mal». Fritz dió las gracias a la mujer por su consejo; pero, imprudentemente, no hizo caso de él y continuó adelante.



Entusiasmado iba el muchacho, contemplando los espléndidos paisajes que se ofrecían a su vista, cuando, al escalar unos riscos, le salieron al encuentro unos hombres armados y de mala catadura. Trató Fritz de huir; pero ya era tarde: le habían cerrado el paso, y, apoderándose de él, le dijeron: «Sin duda habrás venido a hacernos compañía; el jefe tendrá mucho gusto en ello.» «¿Quién es ese jefe?», preguntó Fritz, sin dar muestras de temor. «Ya le verás; es un hombre muy amable.»



Dicho esto, se apoderaron de Fritz, y, por una escarpada vereda que ellos sólo conocían, le condujeron, entre rocas y matorrales, hasta el interior de la montaña; luego, por la vertiente de un valle, cubierto de espeso bosque, bajaron hasta la orilla de un caudaloso río, en cuya orilla había, amarrada, una barquilla. «Esto, se dijo Fritz, va picando en historia; veamos en qué termina esta aventura. Lo que me apena es el disgusto que tendrán en mi casa, al notar mi falta.»



Los bandoleros invitaron a Fritz a subir a la barca, lo que hizo el valiente muchacho sin resistencia alguna. Detrás de él subieron los bandoleros, y, cogiendo los remos, comenzaron a navegar río abajo, favorecidos por la corriente. Una milla habrían recorrido cuando uno de los remos, chocando contra una roca oculta por el agua, se rompió, siendo lanzado el remero fuera de la barquilla. Los bandoleros dieron un grito de terror, al verle caer, considerando perdido.



Ninguno de ellos podía favorecerle porque no sabían nadar. Pero Fritz, apenas se apercibió de lo ocurrido, al ver al remero desaparecer arrastrado por el impetuoso torrente, se arrojó al agua, sin pararse a medir el peligro. «Yo, dijo para sí, soy buen nadador, y, aunque sea un malhechor, no puedo consentir que perezca; al fin, es mi prójimo y estoy obligado a socorrerle.» Los bandoleros, al ver a Fritz lanzarse al agua no salían de su admiración. «Noble y valiente es el muchacho!», dijeron.



La corriente era impetuosa y dificultaba las maniobras de Fritz; pero como era muy buen nadador, pudo, al fin, dar alcance al naufrago, ya próximo a perecer. «No hagáis esfuerzos, le dijo, ni se agarre a mí, pues pereceríamos los dos.» Tal advertencia era inútil, porque el bandolero había perdido ya el sentido, cosa que facilitó el salvamento. Fritz le cogió por el hombro con una mano y empezó a nadar con el brazo libre con gran vigor y maestría. Los bandoleros contemplaban admirados la emocionante escena.



Como la corriente era tan fuerte, y por falta de un remo la barquilla no podía acercarse a ellos, Fritz tuvo que luchar desesperadamente para remolcar hasta la barca al naufrago. El desmayo de éste fue una gran suerte, pues el muchacho podía obrar sin los peligros que hay cuando el que se pretende sacar del agua puede agarrarse a su salvador, pues, con el aturdimiento, suelen paralizar los movimientos de éste, y, con frecuencia, por tal causa, perecen los dos. Al fin, Fritz llegó al bote. Se había salvado.



Ya a bordo el naufrago y su salvador, no sin gran trabajo y peligro, pudieron alcanzar la orilla del río. Los bandoleros, admirados del valor de Fritz, le empezaron a tratar con gran respeto. Hay que advertir que el que cayó al río era hijo del jefe. Por un camino estrecho y dificultoso, se metieron en la montaña, y, al poco tiempo, se encontraron en una cueva en la que los bandoleros tenían su guarida. Allí estaba «Barba Negra», a quien le fue presentado Fritz. Cuando le contaron lo ocurrido dijo, tendiendo la mano a Fritz:



«Gracias, valiente muchacho; has salvado la vida a mi hijo, y, aunque bandolero, soy agradecido. No sólo no exigiré rescate alguno por ti, sino que quiero aceptes este mulo, que deseo conserves como recuerdo mío. Tu casa y tu hacienda serán siempre respetadas por mí y por los míos. Eres libre y puedes marchar cuando gustes.» Fritz montó en el mulo, y, guiado por uno de los bandoleros, regresó contento a su casa, en que era esperado con gran ansiedad, temerosa la familia de que le hubiera ocurrido algo. ¡El buen proceder, hasta entre los malos es apreciado!



DON BARTOLO SE PASABA LOS DIAS ENTEROS ENSAYANDO EN SU BOMBARDINO Y TRAIA LOCOS A LOS VECINOS CON EL INSOPORTABLE INSTRUMENTO

MANDÓ CONSTRUIR UNA GRAN CHIMENEA Y, ASÍ

CONSEGUIÓ... MOLESTAR A TODA LA CIUDAD.